

viajero que lo había rodeado, hasta que en el año 1835, el irlandés Costigán, después de descender por el Jordán en una lancha, fué en nuestro siglo el primero en arrostrar, en compañía de un solo marino, la navegación del temido mar que siglos hacía no había surcado nave alguna. En él se mantuvo por espacio de cinco días, echó varias veces la plomada al agua, hasta que, extenuado por el calor y el cansancio y falta de viveres, ganó con no poco trabajo la ribera septentrional. Llevado moribundo á Jerusalén, falleció á poco y su cuerpo reposa en el cementerio latino de la ciudad santa.

Sólo de algunos años se conoce el fondo del mar Muerto, el cual calcula Russegger en mil trescientos cuarenta pies, ó sea cuatrocientos treinta y cuatro metros aproximadamente. Según indagaciones más recientes de Lynch, la mayor profundidad del mar Muerto no llega á tanto; y de ella deduce que el terreno donde estaban las ciudades pecadoras se encuentra hoy en un abismo de dos mil seiscientos cuarenta y nueve pies bajo el nivel del Mediterráneo.

En 1837 los ingleses Moore y Beke intentaron una exploración del mar Muerto, y de 29 de Marzo á 17 de Abril lo atravesaron en distintas direcciones; pero abandonados por los guías y la gente de la escolta, hubieron de interrumpir sus operaciones científicas sin haberlas concluido. Estos exploradores, con Robinsón, estiman la depresión del mar Muerto con respecto al Mediterráneo en mil seiscientos ochenta y ocho pies.

Relativamente, son insignificantes las discrepancias de los posteriores dictámenes dados por Symonds, Delcrós, Molyneux y Luynes.

Muchos viajeros han hablado de las exhalaciones metíficas que del mar Muerto se desprenden y lo hacen insalubre; otros lo niegan. Los efluvios malignos que es fama salen de su seno, dice Chateaubriand, se reducen á un pronunciado olor de sal marina, á vapores que preceden ó siguen á la inmersión del asfalto, y á nieblas verdaderamente malas sanas como lo son todas. De todos modos hay que admitir que reinan en aquellas riberas perniciosos aires para quien reside en ellas algunos días. Diganlo sino el triste fin del irlandés Costigán; Molyneux también fué víctima de las calenturas contraídas en aquellas aguas.

Vea además el lector los efectos de aquella horrible *malaria* referidos por Lynch:

«Doce días, dice, llevábamos de navegar por el mar Muerto, y sin más excepción que una gozábamos todos de buena salud; de pronto, empero, se presentaron síntomas que me inspiraron viva inquietud. Todos nosotros habíamos tomado el aspecto de personas hidrópicas; los

flacos aparecían gruesos, y los gruesos corpulentos; aquellos que antes solían tener descolorido el semblante, mostrábanlo ahora sonrosado, y de un vivo color rojo los que así de ordinario lo tenían.

»Además, la más insignificante rozadura pasaba al estado de supuración, y el cuerpo de algunos se iba cubriendo de granos y pústulas. Quejábanse todos del dolor que experimentaban cuando les llegaba el agua acre del mar á la parte dañada, pero aun con eso teníamos todos buen apetito, y manteníame yo en mi convicción de que ningún influjo pestilencial podía existir en el ambiente que respirábamos. Escasísima como es la vegetación en la ribera, poca había también de ser la descomposición vegetal que viciase el aire; el penetrante olor que de cuando en cuando nos molestaba, había de proceder seguramente de manantiales sulfurosos que no son tenidos por contrarios á la salud, y aunque por tres veces encontramos en las aguas pájaros sin vida, creímos que la fatiga hubo de ser causa de su muerte, de ningún modo el aire del mar, ya que éste es por completo inodoro, si bien despide más que los otros emanaciones salinas, consideradas por lo general como saludables.

»A nuestro alrededor abrianse oscuros antros, al paso que los ásperos picos de las peñas se nos mostraban envueltos en transparente bruma, asemejándose á una atmósfera tangible que los dejase entrever involuntariamente. A mil y trescientos pies debajo de nosotros la sonda había caído sobre la hundida llanura de Siddim, cubierta ahora de lodo y de sal, y en tanto me ocupaba yo en tales pensamientos, los compañeros, cediendo á invencible pesadez, habíanse entregado en diferentes actitudes á un sueño que más que de descanso tenía las apariencias de letargo.

»Recuerdo que al mirar por primera vez aquel mar, el aspecto horrible de sus cercanías nos hizo pensar que allí debería leerse el *Lasciate ogni speranza* del infierno dantesco; transcurridos que fueron unos días y familiarizados con el misterioso panorama, tales impresiones se debilitaron y acabaron por desvanecerse al impulso del profundo interés que poníamos en nuestras exploraciones. Pero entonces velando yo solo en medio del lago, volvía á atormentarme aquel sentimiento de terror, y los cabellos se me erizaron, como sucedió á Job al sentir el paso de un espíritu por delante de su rostro. Parecióme que el ángel siniestro de la enfermedad se cernía sobre mis dormidos compañeros, y mi exaltada fantasía vió cierta expresión terrible en sus encendidos y abotagados semblantes. Nervioso temblor agitaba sus miembros, y de cuando en cuando, desfallecidos por el calor, se levantaban, bebían con

avidez largos sorbos en el barril del agua, y volvían á caer en postración soñolienta.»

Para restablecer la salud de su tripulación, Mr. Lynch llevola á residir por algún tiempo á Kerak, á tierra de Moab, y luego, antes de embarcarse en Beyruth para América, fué á respirar los aires puros del Líbano. Aquellos marinos continuaban todos enfermos; uno de los jefes, por nombre Dale, falleció á los tres meses en Rhamdun, siendo sepultado en Beyruth; los demás se restablecieron al fin y pudieron llegar á sus patrios hogares.

Como sucediera á Lynch, ha llamado la atención de los viajeros el hecho de flotar en las aguas del mar Muerto, codornices, golondrinas y otras aves privadas de vida; atribuyéndolo á la fuerza de los rayos solares y otros al mortífero soplo del simoun.

Esto no obstante, autor hay que dice haber visto nadar en aquellas aguas manadas de patos silvestres.

Como muchos viajeros hayan encontrado en las orillas peces muertos y conchas, han creído que en el mar Muerto existían peces; pero es la opinión común que serían llevados por las corrientes del Jordán ó por los otros afluentes, muriendo luego y siendo arrojados á la playa. San Gerónimo observó ya este hecho, y lo han confirmado Lynch, Saulcy y otros exploradores. Refiere Anderson que varias veces había observado que esos pececillos bajaban hacia el mar Muerto, retrocediendo al llegar á tres ó cuatro pies de la desembocadura; y si se les espantaba agitando el agua para que entrasen en el mar, saltaban fuera del agua. El doctor Grasci, primer médico del servicio sanitario en Egipto, hizo autopsia de los peces del Mediterráneo que habían muerto medio minuto después de arrojarlos al agua del mar Muerto, y encontrando sus órganos digestivos sin lesión aparente, dedujo que la muerte había sido causada por la asfixia, ó que el veneno había atacado el sistema nervioso.

La excesiva cantidad de sal parece ser la causa principal de no criarse en sus aguas ningún ser animado, por cuya circunstancia ha recibido el nombre de mar Muerto. «En el lago de Asphaltite, dice Volney, no hay ningún ser viviente ni vegetal. No se ve verdor en sus orillas, ni peces en sus aguas; pero es falso que su ambiente sea infecto hasta el extremo de que las aves no puedan atravesarlo. No es raro ver á las golondrinas rozar la superficie del agua y tomar la necesaria para arreglar sus nidos.—Es posible que haya golondrinas, pero no es probable que tomen agua, observan muchos.—La verdadera causa, continúa Volney, de no haber vegetales ni animales, es la excesiva salobridad de

sus aguas, mucho más fuerte que la del mar. La tierra que lo rodea, igualmente impregnada de esta sal, se niega á producir plantas; el mismo ambiente que con la evaporación se carga, recibiendo también los vapores del azufre y del betún, no pueden favorecer ni convenir á la vegetación.

La mucha sal que contienen las aguas del mar Muerto, se atribuye á la inmediación de montañas formadas de grandes masas de sal, á la enorme depresión del nivel de este mar y elevada temperatura del aire y del sol.

Es un fenómeno digno de mentarse el efecto que produce el agua del mar Muerto en los que en ella se sumergen. Refiere el historiador Josefo que en la visita que Vespasiano hizo al mar Muerto, mandó arrojar en él dos hombres que no sabían nadar, habiéndoles atado antes las manos á la espalda; uno y otro volvieron á flor de agua como si invisible fuerza los hubiese empujado de abajo arriba. Los árabes ya experimentados, nadan en aquellas aguas de costado con un pié y una mano solamente. El que con grande esfuerzo logra zambullirse, tiene que volver á toda prisa á la superficie á causa de un violento escozor en los ojos que le impide ver objeto alguno. De aquel baño sálese casi siempre con malestar y abatimiento. «Muchos peregrinos, dice el jesuíta P. Damas, se tiraron al mar antes de la comida y era singular espectáculo verlos nadar con los pies fuera del agua á pesar de sus esfuerzos para sumergirlos. Los visajes de los involuntarios bebedores provocaban á risa. Los caballos, aunque no habían probado agua desde el día anterior, no hicieron más que olfatearla y apartaron en seguida la cabeza. Es aquella agua de singular limpidez, y sin embargo, parece, al introducir en ella las manos, que se bañan en aceite.»

Sabido es que la pesadez específica del cuerpo humano es casi siempre inferior á la del agua dulce, y que aquél debe naturalmente flotar sobre ésta; también lo es que el ejercicio de la natación es más fácil en el mar que en los ríos. Con mayor razón deberá por lo tanto el cuerpo humano flotar en el mar Muerto, en cuyas aguas contiene diez veces mayor cantidad de sal que las del Océano. Los que no ignoran esto y prueban la entrada en el mar Muerto, entran con la persuasión de que se puede nadar en él fácilmente; pero quédanse sorprendidos al ver que no pueden valerse de los pies, que permanecen fuera del agua, y adelantan muy poco con las manos solas. Sin apoyo suficiente, no se puede ser dueño de los movimientos, con sujeción á continuado balanceo á derecha é izquierda.

«En uno de mis movimientos involuntarios, escribe un ilustre via-